

MANUEL ROJAS

ESENCIAS DEL PAÍS
CHILENO

POESÍAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO - MCMLXIII

INTRODUCCIÓN

En Chile, durante la Colonia, no hay sino tres poetas, español uno, chilenos los otros dos, aunque chilenos sólo de nacimiento, ya que mentalmente eran españoles: Alonso de Ercilla y Zúñiga, Pedro de Oña y Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, autores, respectivamente, de *La Araucana*, de *Arauco Domado* y *El Vasauero*, y *Cautiverio feliz* y *razón de las guerras dilatadas de Chile*. El primero fue a Chile como oficial de las buesdes del capitán don García Hurtado de Mendoza, hizo con él una campaña por el sur del país, combatió con los indios, cayó en desgracia ante su jefe y volvió a España. Durante su residencia en Chile empezó a escribir su poema, considerado el primer poema épico escrito en América; publicó la primera parte en España en 1569, la segunda en 1578 y la tercera en 1589; el poeta tenía ya cincuenta y seis años de edad. En 1590 apareció una edición completa. Ercilla, que había nacido en 1533, falleció en 1594.

El segundo, Pedro de Oña, nació en Chile, en la ciudad de Los Infantes de Angol, hoy conocida solamente como Angol. Es denominado "el poeta español nacido en Chile" y con eso parece estar dicho todo. Al revés de Ercilla, que se disgustó con don García, Oña fue su protegido (era un poco pariente de él), y al revés también de Ercilla, que no hizo de la figura de ese capitán el personaje de su poema a pesar de que era el comandante de la campaña que se describe en *La Araucana* (este poema épico es el único que no tiene personaje o héroe), Oña le dedica su *Arauco Domado*, convir-

tiéndole en el héroe del poema y diciendo del mismo palabras y frases que sólo provocan risa o enojo, tan grande es el servilismo que lo dominaba. Su poema no es más que una imitación del de Ercilla. Oña, que nació en 1570, falleció, presumiblemente, en 1643, en algún lugar que se ignora.

El tercero, Núñez de Pineda y Bascañán, muy inferior, poéticamente, a los anteriores, es un poco más chileno y un poco menos español que ellos. Incorporado muy joven al ejército español que luchaba contra los indígenas, cayó prisionero y permaneció entre los indios durante cierto tiempo, circunstancia que le dio oportunidad para observar la vida y costumbres de sus captores. El resultado fue un libro en que cuenta todo lo ocurrido, pero en el cual, para desgracia suya y siguiendo la moda de algunos escritores de aquellos tiempos, incluyó cuanta cosa se le pasó por la mente, traducciones y citas de Ovidio, Virgilio, Silio Itálico, Marcial, y poesías propias y ajenas, romances y divagaciones sobre las más abstrusas materias, con lo cual su libro quedó poco menos que ilegible. Sólo en este siglo un profesor y poeta chileno, Ángel Custodio González, lo hizo accesible al recortarle su frondosidad, dejándole lo que vale la pena de leer. Su libro, en compensación, ha dado a los antropólogos y sociólogos un rico material sobre la vida de los llamados araucanos. De los tres poetas, es el único que de verdad vivió entre los indios y los conoció.

Eduardo Solar Correa, en su libro *Semblanzas literarias de la Colonia*, Santiago, 1933, hace a *La Araucana* las siguientes objeciones: es *inclasificable dentro de la épica tradicional*; idealizó *exageradamente a los indígenas de*

Chile y los llamó araucanos, nombre que no les correspondía, los hizo hablar como pares de Francia y les atribuyó sentimientos cristianos que el indio no pudo tener; "No hay que olvidar que don Alonso es historiador y poeta, pero historiador para los españoles y poeta para los araucanos"; faltó a la verdad histórica, tanto cuando imaginó los detalles de la batalla de Tucapel, en donde no quedó vivo ningún español, como cuando describió las costumbres y los caracteres de los indígenas, atribuyéndoles arengas increíbles; ignoró el dialecto araucano.

En respuesta a lo aseverado por Solar Correa, el escritor y profesor Fernando Alegria, en su libro *La poesía chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, México, 1954, al comentar *La Araucana*, dice: "Se ha dicho que el araucano de Ercilla es un mito. Sí, es un mito, pero es uno de esos mitos que por su sola presencia espiritual han contribuido a través de la historia al desarrollo de una nación. Un mito activo. Las naciones necesitan del impulso heroico de las leyendas para mantener esa dinámica esencial que engendra su progreso."

No se sabe qué ingerencia tengan en el mito araucano las diferentes historias que Ercilla intercala en su obra y que nada tienen que ver con Chile y sus primitivos habitantes —como la historia del asalto del Rey don Felipe a la plaza fuerte de San Quintín, la descripción de la batalla naval, "desbarate y rota de la armada Turquesca con la huida de Ochali", la historia y vida de Dido y cómo llegó a Bizerta, fundó Cartago y se mató; por fin, "cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el Rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo a los

portugueses para justificar más sus armas." También se ignora hasta qué punto los mitos y leyendas de Chile y de los otros países de habla española hayan influido en la proliferación de toda laya de dictadores y en la miseria que en todos ellos existe.

La verdad es que cuando se lee *La Araucana* y se entera uno, hoy —después de los estudios de antropólogos y etnólogos chilenos o extranjeros sobre los indígenas de Chile, especialmente sobre los araucanos— de lo que hacían y decían los indios de *Ercilla*, no se sabe qué pensar; tampoco se sabe qué pensar cuando se lee cómo *Caupolicán*, sabiendo que iba a morir, habló, entre otras cosas, lo siguiente:

Y pues por la experiencia clara has visto
que libre y preso, en público y secreto,
de mis soldados soy temido y quisto,
y está a mi voluntad todo sujeto,
haré yo establecer la ley de Cristo,
y que, sueltas las armas, te prometo
vendrá toda la tierra en mi presencia
a dar al Rey Felipe la obediencia.

Tenme en prisión segura retirado
hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
que yo sé que el ejército y Senado
en todo aprobarán lo que hiciere. . .

¿Cristo, ejército, Senado? ¿Qué Cristo, qué ejército y qué Senado pudo haber conocido Caupolicán, de quien, además, no se tienen noticias ciertas de que haya existido? Todo parece haber sido creado por Ercilla gracias a una estada en Chile y a su imaginación, que si bien al principio funcionó bien, al final no sabía qué crear, hasta el extremo de que se arrepintió de haber empezado a

escribir su obra. "Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta Segunda Parte de La Araucana no muestre el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad, pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad y camino tan desierto y estéril, pareceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme." (Al lector, en el encabezamiento de la Segunda Parte.) En el Canto XX de esta misma parte (uso la edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 93) se lamenta de esta suerte, ya en verso:

De mí sabré decir cuán trabajada
me tiene la memoria, y con cuidado
la palabra que di, bien excusada,
de acabar este libro comenzado;
que la seca materia desgustada
tan desierta y estéril que he tomado
me promete hasta el fin trabajo sumo,
y es malo de sacar de un terrón sumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras
tras las roncas trompetas y atambores,
pudiendo ir por jardines y florestas
cogiendo varias y olorosas flores
mezclando en las empresas y recuestas
cuentos, ficciones, fábulas y amores,
donde correr sin límite pudiera,
y dando gusto, yo lo recibiera?

Menéndez y Pelayo dijo de esta obra, entre otras cosas, lo que sigue: "Tal como es, si no lleva la palma a todos

nuestros poemas del siglo xvi, porque hay otros dos, uno en el género novelesco y otro en el sagrado, que con buenos títulos se la disputan, y en algunos aspectos, sin duda, le aventajan, es La Araucana el mejor de nuestros poemas históricos y fue, sin duda, la primera obra de las literaturas modernas en que la historia contemporánea apareció elevada a la dignidad de la epopeya."

Los impugnadores de Ercilla agregan, además de lo dicho por Solar Correa, que habría pasado desapercibida si Voltaire no la hubiese incluido en su ensayo sobre la poesía épica, lo cual puede ser cierto o no; que es aburrida; por fin, que es ilegible. Los más entusiastas son los historiadores españoles y chilenos, sobre todo los académicos. En cuanto a los novelistas, cuentistas y poetas chilenos de estos días, sólo la leen por obligación o porque no tienen otra obra a mano.

En suma, La Araucana, de Ercilla y Zúñiga, escrita en octavas reales, es una obra que está en perenne discusión, una obra que puede tener valores poéticos, pero que carece absolutamente de valor histórico, sociológico y antropológico. Si leemos el Cantar de Mio Cid sabemos muchas cosas de los moros y de los castellanos; si leemos La Araucana no sabemos nada de los araucanos o lo que sabemos es absolutamente falso. Si algunos se conforman con eso, allá ellos. A juicio de algunos o de muchos escritores, no es suficiente que una obra tenga valores poéticos o prosísticos meramente expresivos. Se necesita algo más.

En cuanto a Pedro de Oña, también al revés de Ercilla, que escribió una sola obra, debemos decir que escribió varias. Aparte de Arauco domado, de 1596, terminó El Vasauro en 1635; posteriormente escribió El Ignacio de

Cantabria, y en 1609 El temblor de tierra de Lima de 1609. El Vasauro *relata un cuarto de siglo de la historia de España, desde la guerra dinástica de Castilla hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos, o sea, desde 1465 hasta 1492*; El Ignacio de Cantabria *está escrito en honor al fundador de la Compañía de Jesús y El temblor de tierra de Lima de 1609 describe, en efecto, un temblor de tierra que hubo en Lima en aquel año.*

Tanto o menos que Ercilla, ya que es menos importante, Oña ha sido duramente criticado, en primer lugar, por su servilismo; en segundo, porque su lenguaje no se presta para temas épicos (tiene un lenguaje de poeta amoroso); en tercero, porque eligió para El Vasauro un tema que le era tan extraño como el de los araucanos, a quienes no conocía sino por la lectura de La Araucana; cuarto, porque, aparentemente, no tuvo nada que ver con lo que cantó, excepto quizá con el temblor de Lima. Pero, "Espigando aquí y allá en el Arauco domado —dice Fernando Alegría en el libro ya citado— rápidamente puede formarse una antología que lo reivindicaría ampliamente ante los lectores modernos". Es posible que esto llegara a ser cierto, pero si se hiciera una antología de todas las inexactitudes y ridiculeces que dice sobre Chile y los indígenas de ese país, es cierto también que se le desacreditaría mucho más de lo que pudiera acreditarle la antología que propone el profesor de Berkeley y autor de esa deliciosa novela que se titula El caballo de copas.

En lo que se refiere a Núñez de Pineda y Bascuñán, es llamado el "único poeta subjetivo que hubo en la Colonia", aunque sus poesías no sean sino paráfrasis de poetas antiguos o versiones en prosa de pasajes de las

Escrituras. Lo más personal parece el "Romance en agradecimiento a Maulicán, mi amo, debido a sus agasajos y corteses acciones", romance en que trata a Maulicán de "atlante", agregando que:

En la batalla adquiriste
nombre de esforzado Marte,
y hoy con tu cortés agrado
eternizarás tu sangre.

Este poeta, nacido al parecer en Chillán en 1607, murió durante un viaje que realizaba a Perú, en donde había sido nombrado corregidor. No se sabe la fecha exacta de su muerte. Se sabe, sí, que pasó grandes penurias económicas, ello a pesar de haber alcanzado el grado de Maestre de Campo. Hubo de solicitar de la Corona se le protegiese de algún modo, elevando para ello el consiguiente memorial, que la Corona respondió con cierta generosidad, aunque un poco tarde.

* * *

Muchos críticos chilenos aseguran que Chile no tuvo, en el siglo xix, una poesía digna de mención y un serio antologador, Alone, no incluye en su Historia personal de la literatura chilena ni una sola poesía de algún poeta del pasado siglo. ¿Cuál es la razón? La razón es simple: la mayoría de los individuos que en el siglo pasado se dedicaron al difícil cultivo de la poesía—digo difícil aunque en realidad es fácil: sólo es cosa de poner un verso debajo de otro, procurando que rimen entre sí y conserven un ritmo cualquiera—la mayoría o todos, repito, carecieron del divino don. Sólo eran versificadores,

personas que a fuerza de constancia lograban dominar los ritmos y adquirir un lenguaje retórico, bastante reducido, que parecía poético pero que sólo lo parecía. Es triste decir y asegurar esto, pero cuando se recorren las páginas de una antología chilena en que haya versos de los poetas de aquel siglo, no encuentra el lector, si tiene buen gusto, nada que le llene el espíritu; los que más valen parecen ser los humoristas y esto es más triste aún. Los nombres de Guillermo Blest Gana, Salvador Sanfuentes, Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, José Antonio Soffia y diez o veinte más, han llegado a ser muy conocidos, pero cuando uno pretende leerlos, ve lo difícil que es tomarlos como poetas. Además, eran imitadores, imitadores de los neoclásicos y de los románticos, de Quintana, de Moratín, de Hugo, de Musset, de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer, de Campoamor y hasta de Núñez de Arce, con un lenguaje y sentimientos extraños absolutamente al momento que vivía el país. Es cierto que a veces los sentimientos de un poeta o de un escritor son independientes de los momentos que vive su país, pero esto es verdad sólo hasta cierto punto: entre el pragmatismo de la civilización norteamericana y la realidad de su mejor literatura hay una diferencia que espanta, derivada del hecho de que la realidad sensible no tiene nada que ver con la realidad económica, pero ese no era el caso de Chile, país que estaba en plena formación, buscando ávidamente una expresión de nacionalidad; esto no se refleja en nada en los lamentos de los románticos ni de los neoclásicos de Chile. El afrancesamiento de todos ellos era chocante hasta para los hombres de ese siglo: "El año 1888, en una asamblea católica, don Juan Agustín Barriga lamentaba, con su

magnífica elocuencia, que todo en Chile fuera francés: los vinos que se bebían, los trajes que se llevaban, los libros que se leían y las ideas que primaban, la religión de las señoras como la irreligión de los caballeros. Ese mismo año, en el Palacio de La Moneda, el hijo mayor del presidente le mostraba las últimas revistas llegadas de París a un joven nicaragüense y los dos suspiraban de emoción soñando que estaban allá, que iban por los boulevares, que veían a Catulle Mendès." (Alone, Historia personal de la literatura chilena, p. 12, Santiago, 1962, 2a. edición).

Es necesario llegar a los finales de siglo para encontrar poetas dignos de mención, Pedro Antonio González, por ejemplo, poeta y hombre extraño, muerto en la mayor soledad y tristeza, autor de una serie de poesías tituladas Asteroides, entre las cuales hay por lo menos una que durante algún tiempo recitaron los poetas jóvenes de este siglo y que presenta una nota que se ha repetido posteriormente en la poesía chilena. El otro poeta es Julio Vicuña Cifuentes.

* * *

Después de la primera década de este siglo declina la influencia de Darío, sobre todo al surgir poetas de talento, entre los cuales los más sobresalientes, a mi juicio, son Manuel Magallanes Moure y Carlos Pezoa Véliz, por lo menos hasta aparecer Pablo Neruda, el gran poeta que ha tenido en este siglo la poesía de lengua española.

Quiero agradecer a la Universidad Nacional Autónoma de México el honor que me ha dispensado al

encargarme realizar esta antología, realización que he llevado a cabo con la mayor objetividad posible. Quiero advertir que de algunos poetas de larga obra he puesto, en la selección, poesías que los representan en su primera y segunda época, cuando no tienen más.

México, D. F., 13-XI-62

MANUEL ROJAS